

complejo y que no se resolverá tan pronto ni en sentido tan radical como pretenden los idólatras y los enemigos de la versificación lírico-dramática.



## CAPÍTULO XIII

## PROSA LIGERA

«El Padre Cobos» y los periódicos similares. — Selgas, Suárez Bravo, Gabino Tejado, «Velista», Castro y Serrano, Liniers, F. Bremón, Ortega y Munilla, Frontaura, Ossorio y Bernard, Fernández Flórez, Martínez Pedrosa, Eduardo del Palacio, Taboada, Mas y Prat, Rueda, E. Sepúlveda, Abascal, Cavia, Valbuena, etc.

**V**A dije en otra parte que el antiguo género de costumbres, manoseado por los que no servían para otra cosa, envejeció rápidamente, dejando en pos de sí copioso rastro de legajos inútiles y soñolientas páginas; pero la tradición de Larra y Mesonero Romanos no se interrumpió bruscamente, sino que se ha ido transformando á par con el periodismo y con lo que, en general, puede llamarse *prosa ligera*.

Comencemos por la fecha perpetuamente célebre del bienio progresista (1854-56), que dió vida indirectamente al Juvenal anónimo, pesadilla de Ministerios embrionarios, terror de la patriotería acéfala, y museo de gracias para llorar y reír, llamado *El Padre Cobos*. Vivos están en la memoria de cuantos lo alcanzaron los procesos jurídicos ó al aire libre, murmuraciones picantes, quejas, encomios y apoteosis de que simultáneamente era objeto aquel órgano de la opinión



pública, de cuya fama, envuelta en las sombras del misterio, solían hacerse partícipes los farfantes que, en el círculo íntimo y con voz muy baja, solían comunicar á algún curioso la noticia de ser ellos los autores del sueltecito X, de las *Indirectas* celebradas en el número último, ó tal vez de la *Fisonomía de las sesiones*. La verdadera Redacción de *El Padre Cobos*, formada por unos cuantos jóvenes que reunía el exministro moderado D. Pedro de Egaña, quedó por mucho tiempo desconocida, aunque ya individualmente conquistaban justa reputación José Selgas, Ceferino Suárez Bravo, Esteban Garrido, E. González Pedroso, F. Navarro Villoslada, y algún otro entre los colaboradores menos asiduos. Fué uno de ellos Ayala, á la sazón reaccionario por simpatías personales, por gratitud y temperamento estético, cuyas inspiraciones no eclipsaba aún el brillo de la cartera ministerial.

Tenía *El Padre Cobos* un tinte moderado que no debe, sin embargo, hacérsle considerar como arma de un partido exclusivamente político; era la contrarrevolución encarnada en el periódico, el buensentido en todas sus aplicaciones, la protesta viva de la España no representada en el Congreso, y herida en sus más puros sentimientos por la farsa imperante y el desatentado orgullo de ridículos innovadores. Por eso querían ellos limar las garras del león, empleando todas las artes imaginables en la contienda; por eso apelaban, aunque en vano, á la persecución más odiosa en nombre de la libertad, si bien no faltaron elocuentísimas voces que ante los tribunales de justicia arrancaran el disfraz con que se escondían las vanidades y torpezas de muchos Catones por cálculo. La defensa de *El Padre Cobos* inmortalizó en la conciencia del pueblo español y en la historia del foro el nombre de D. Cándido Nocedal.

¿Qué decir del ingenio derrochado á manos llenas en las columnas de aquella publicación? A diferencia

de tantas otras como consume la voracidad del tiempo, consagradas á los frívolos intereses de un día, conserva la aureola de un prestigio á prueba de ataques y preocupaciones; sus rasgos satíricos se transformaron en proverbios, su solo nombre en un símbolo. No hubo *orador-globo*, ni economista huero, ni finchado polícastro á quien no alcanzara el tremendo azote, y á no pocos les valió una frase intencionada las perniciosas consecuencias de una celebridad nada envidiable. *El Padre Cobos* pertenece por estas razones á la literatura, fuera de que también á ella extendió sus vengadores rayos, sin perdonar reputaciones ni nombres propios, tales como los de Escosura, Adolfo de Castro, Ochoa y Ventura de la Vega. Su crítica, á veces extremada, no carece, én general, de fundamento, y se adelantó á la posteridad manejando el escalpelo en lugar del incensario, y contribuyendo á que disminuyese la plétora de elogios mutuos y pestilentes adulaciones.

De *El Padre Cobos* arranca asimismo una serie de periódicos satíricos que imitaron sus procedimientos, y en los que figuraban algunos redactores del gran modelo. No aludo aquí, claro está, á la propaganda soez de la caricatura y el escándalo, que embrutece y corrompe al vulgo, y que hoy mismo está inverosímilmente representada, sino á unas pocas excepciones de la costumbre general. A raíz del infausto movimiento político de 1868, y con espíritu abiertamente antirrevolucionario, se organizó una cruzada de la prensa en que llevaron la mejor parte *La Mano Oculta*, *Don Quijote* y *La Gorda*, con escritos de ática sal y exquisita finura. Más circulación y resonancia alcanzaron, entre las distintas fracciones políticas, aquellos periódicos que defendían una ú otra á cara descubierta, desde *El Pape-lito* hasta *El Gil Blas*; pero no he de entrar en este terreno candente, y sólo haré constar que el periodismo ligero suele dar en España, como en otras partes, frutos amargos y sin sazón.



Entre los que lo han cultivado de oficio hay, no obstante, algunas personalidades en que debe fijarse la atención de la crítica.

No sé si incluir en este grupo á Selgas, desde luego á título de ingenio aislado é iniciador de una serie de humorística que pocos pueden asimilarse. Las *Hojas sueltas*, las *Delicias del nuevo Paraíso*, *Cosas del día* y *Fisonomías contemporáneas* son el digno remate de su campaña en *El Padre Cobos*, libros de filosofía peculiar y sin precedentes, *viajes ligeros alrededor de varios asuntos*, como él mismo los califica, panorama de la vida moderna en sus múltiples fases <sup>1</sup>. Con todas estaba Selgas mal avenido, y, esgrimiendo el arma poderosa de la ironía tolerante y benévola, sacó á plaza las ridiculeces del convencionalismo social y de la moda, que han venido á sustituir al *antiguo régimen* en las costumbres.

Sólo la lectura puede dar idea de lo que es en este punto Selgas: un hecho cualquiera, una frase vulgar, un contraste cogido al vuelo, le bastan y sobran para desenvolver sus peregrinas observaciones sintéticas, ora haciendo asomar la sonrisa á los labios, ora esbozando, como sin querer, un tema de meditación y estudio. Muy somero se lo permitía la incesante faena de la pluma, y muy poco le debió, á juzgar por el carácter personalísimo y hasta por la candidez maliciosa de sus ocurrencias. La profundidad que parece encerrada en el dogmatismo sentencioso de la expresión es sólo aparente, cuando no resulta un ingenioso sofisma, constituyendo en realidad este trasiego de burlas y veras delicioso encanto que encadena la atención y halaga la fantasía.

Puestos á elegir entre los *Estudios sociales* de Sel-

<sup>1</sup> La primera edición de las *Hojas sueltas* salió á luz en 1861. La última, unida con todos sus libros en el mismo tono, se ha incluido en la colección de sus *Obras* (desde el tomo IV) bajo el epígrafe común de *Estudios sociales*.

gas, todos parecen mejores; pero quizás debamos quedarnos con los primeros, con las preciosas *Hojas sueltas*, en las que aparecen todas las ideas repetidas más tarde con diversidad de adjuntos y pormenores estudiados. Los grandes y pequeños errores del siglo XIX, que preferentemente le merecían lástima ó desprecio, encuadran admirablemente en las siluetas de *El pensamiento libre*, *La guerra*, *El crédito*, *El dinero* y *El baile*; allí está la definición compendiosa del crédito en estas palabras, tantas veces repetidas: «Colóquese un duro en el centro de un círculo de espejos, y la multiplicación saltará á la vista; en cada espejo aparecerá un nuevo duro. Tratándose de duros, ésta es una verdadera especulación. El que tiene un duro tiene muchísimo más de veinte reales. Tiene tantos duros como personas saben que lo tiene.»

Los volúmenes siguientes están inspirados por la misma tendencia hostil al siglo del vapor y la electricidad, en cuya fastuosa ostentación echaba de menos Selgas el oxígeno del ideal, no creyendo que la filantropía pudiese reemplazar á la caridad, ni el culto de la materia al del espíritu, ni las conquistas del saber á la hermosura eterna de la virtud. Desde el punto de vista artístico determinan estas semblanzas un gran progreso relativamente á los antiguos bambochazos caricaturescos, con sus tipos mutilados é inertes y sus eternas descripciones de fisonomía é indumentaria. No negaré, sin embargo, que la abstracción por sistema hace perder aquí á las figuras en relieve lo que ganan en fuerza representativa.

Selgas fué ante todo un humorista inagotable en ingeniosidad y travesura, un artífice del pensamiento y de la paabra creado para el conceptismo, Quevedo á la moderna, con algunos toques, aunque sin la frivolidad de lo que se llama *causerie* entre los franceses. Su estilo cortado por bruscas transiciones, sentencioso y epigramático, no sienta bien á la majestuosa y grave



lengua de Castilla; pero es viva imagen de un temperamento literario muy legítimo, y corresponde en su nerviosa rapidez y sus características intercadencias al vuelo libre de las facultades mentales.

No solamente en *El Padre Cobos*, sino también en *El Pensamiento Español*, *El Siglo Futuro*, *El Fénix*, el *Diario de Barcelona* y en dos libros aparte <sup>1</sup>, ha dado larga muestra de sus aptitudes para los cuadros en pequeño y de su delicada vena satírica D. Ceferino Suárez Bravo. Quien fije la atención en los *Perfiles senatoriales* y en el misántropo *Venenillo* de la *España demagógica*, ó en otros retratos de los que suele trazar el autor, no puede menos de reconocer la fidelidad y el parecido con que están proclamando á voces los nombres propios de sus originales. En los disparos al aire, quiero decir, en los sueltos á modo de gacetilla, sorprenden el fino tacto de las alusiones y el golpe certero con que Suárez Bravo hiere y estigmatiza. Cuando apela á los recursos doctrinales disminuye el acierto, pues no suele consistir en la fuerza del raciocinio el valor de estas páginas, que entonces precisamente es cuando adolecen de relativa pesadez.

Periodista, y periodista de toda la vida, es asimismo Gabino Tejado, como lo dan á conocer hasta sus escritos serios en el felicísimo donaire y el aparente desorden; pero así como de la gravedad al humorismo, pasa del humorismo á la gravedad, siendo en la práctica adversario decidido del arte por el arte. Tarea interminable se impondría quien intentase enumerar siquiera las manifestaciones más ó menos literarias de su laboriosidad, aun en la especie á que ahora nos contraemos; yo sólo me permitiré citar como un dechado la serie de impresiones tituladas *La España que se va...*,

<sup>1</sup> *España demagógica. Cuadros disolventes...* Madrid, 1873. *En la brecha. Hombres y cosas del tiempo.* Madrid, 1878.

bulliciosos recuerdos de la juventud impregnados á la vez de no sé qué virginal y dulce melancolía.

Ha andado hasta hace poco tiempo dividido entre las escabrosidades de la jurisprudencia y la política un antiguo articulista de *La Ilustración Española* y *El Heraldo* (remota fecha), á quien apellidaban en sus mocedades *Velista* (D. Manuel Silvela) <sup>1</sup>. Y es el caso que su crítica de costumbres, encumbrada hasta las nubes por jueces competentes, descubre un instinto tan perspicaz y un gusto tan bien educado, que no debieron quedar ociosos á pesar de los bártulos y los expedientes. Admira sobre todo en Silvela, aparte de su espontáneo gracejo, ese sabor castizo tan raro en el día, y que procede en línea recta, ya que no de Cervantes, de los buenos prosadores del siglo XVIII. Nada de laconismo compacto ni de aleluyas agrupadas en discordante formación según la moda francesa, á la cual prefiere *Velista*, con muy buen acuerdo, la rica y variada amplitud del periodo castellano. *El perfecto novelista*, *Salir de Madrid*, *Literatura infinitesimal*, *El abogado de pobres* y *El Diccionario y la Gastronomía*, suministran curiosos ejemplos de lo antedicho, por su corte original no menos que por el desenfado en la ejecución y el aticismo sobrio de la frase. Mucho hace ya que Silvela arrinconó la pluma con que fueron trazadas estas pequeñeces juveniles, y sólo en ocasión reciente salió disfrazado de *Juan Fernández* á reñir una batalla en pro de la Academia Española y de su último Diccionario, olvidándose de sus inocentes chistes contra el *onfacomeli* y la *sopaipa*.

Mucha mayor notoriedad que los artículos de *Velista* conquistaron, desde su aparición en *La América* (1862), las *Cartas transcendentales* de D. José de Castro y Serrano, cartas en que se discutían, con chispeante originalidad y curiosos datos de Moral y Cremastística, los problemas del lujo, de la educación

<sup>1</sup> ¡¡¡Sin nombre!!! por *Velista*. Madrid, 1867.



de la mujer y del matrimonio. El autor, que estaba soltero, acreditaba, sin embargo, tal suma de conocimientos sobre la materia, tal perspicacia y sentido práctico, tanto ingenio y tan buena fe, que introdujo verdadera perturbación en el sexo femenino y dió al masculino no poco en que pensar. Si las *Cartas transcendentales* han perdido con el transcurso de los años el interés de actualidad, tienen para nosotros el de los recuerdos, según ya notó el autor al reimprimirlas en 1887. A pesar del tono inofensivo que en ellas predomina no siempre resultan aceptables por su fondo, particularmente en lo que se refiere al ideal de la perfecta casada de nuestros días, mal contrapuesto al que retrató Fr. Luis de León.

*La novela del Egipto*, serie de verídicas correspondencias escritas en Madrid al inaugurarse el Canal de Suez, y que todo el mundo leyó como descripciones de un testigo ocular, y los numerosos artículos de costumbres, viajes y erudición culinaria en que ha lucido Castro y Serrano su habilidosa travesura, mezcla de candor y sofistería inconsciente, no agradan tanto como las *Cartas transcendentales*.

Don Santiago de Liniers <sup>1</sup> comenzó á distinguirse como escritor, durante el último período revolucionario, dentro del partido tradicionalista. Sin que su manera de pensar y escribir deje de ser personal y propia, parece haberse propuesto en algo la imitación de Selgas, á la que con efecto ha llegado, no sé si casual ó deliberadamente. Como él, busca en los escritos más ligeros un fin superior al de provocar la risa, y por eso prefiere á las arlequinadas bufonescas y bajo-cómicas el estilo medio, en que se compenetran la severidad re-

<sup>1</sup> *Todo el mundo. Breves apuntes acerca de lo más importante que debe saber y de lo más preciso que debe ignorar el hombre moderno para vivir correctamente en la patria, en la sociedad y en la familia.* Madrid, 1876.—*Líneas y manchas, apuntes, rasgos y contornos tomados del natural.* Madrid, 1882.

flexiva y el buen humor. A tal sistema obedecen, no con entera igualdad, las escenas de *La Caridad en baile*, *En coche*, *Presupuesto* y *Caracteres*, con varias otras sorprendidas en el retiro del hogar doméstico ó en las revueltas de la vida pública <sup>1</sup>.

La firma de D. José Fernández Bremón va haciéndose inseparable compañera de la Crónica semanal que encabeza los números de *La Ilustración Española y Americana*. En esa crónica se entierra con profusión de comentarios el cadáver de la noticia muerta en el día, como las flores; se archivan los nombres que ha hecho célebres el mérito ó la fortuna, y sirven de notas finales la anecdotilla, el diálogo picante y la broma de diversos tonos y colores. En la confusión de ideas, y en el práctico y benévolo escepticismo que hoy sirve de criterio á la generalidad, se halla el motivo de semejante conducta, perfectísima encarnación del *justo medio* en todos los órdenes á que es aplicable. Lo cual no equivale á negar los elogios que se merece la gracia ingenua y candorosa, tan peculiar del amable revisitero.

El mismo oficio ha desempeñado en *Los lunes del Imparcial* D. José Ortega Munilla <sup>2</sup>, sólo que con arreglo á un plan definido y con menos indecisión en el fondo y en la forma. Alardea igualmente de observador y de estilista, sobre todo de estilista, y aun por eso es tan amigo de los colores que agotaría de una vez los del arco iris, y busca la impresión onomatopéyica y olorosa, dirigiéndose á su objeto por el camino de las sensaciones. No se puede reproducir con más poesía, una vez por semana, el proceso monótono de hombres y cosas: crímenes, desgracias, fiestas, cambios de Ministerio... y de estaciones.

<sup>1</sup> Está identificado con Liniers en ideas y procedimientos el autor de *Colmos y colmillos*, D. Juan Gómez Landero.

<sup>2</sup> Hace algún tiempo que le substituye, y sin desventaja, don Federico Urrecha.



Desde el *Viaje cómico á la Exposición de París* y la *Galería de matrimonios* hasta *Las Tiendas* y *Tipos madrileños*, ha recorrido Carlos Frontaura una senda uniforme con el decidido y firme propósito de la verdadera vocación. El mundo cursi de exempleados hambrientos, viudas olvidadizas, pisaverdes relamidos, bellezas en expectación, y demás naipes de esta baraja interminable, se presentan de cuerpo entero en exactas fotografías; y las llamo así para caracterizar en una palabra las tendencias del apreciable narrador. Su inventiva y sus dotes propiamente literarias están muy por debajo de las que le distinguen como intérprete pasivo de la realidad: tipos y diálogos, fondo y forma, se aproximan al perfil ordinario de lo que se ve y se palpa todos los días. De aquí la apariencia vulgar y la falta de interés, compensadas con cierto apacible temperamento en conformidad con el predominio de las medias tintas.

Casi todo lo dicho es aplicable á las obras festivas de Manuel Ossorio y Bernard, el autor de los *Cuadros de género*, del *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*, de *La República de las letras*, *Progresos y extravagancias* y *Monólogos de un aprensivo*. Al sacar á plaza las locuras y flaquezas de varia calidad no le gusta ensañarse con sus víctimas, ni tocar con el dedo en la llaga, sino divertir al lector con una agudeza de buen tono. Si es ameno en sus pinturas de las costumbres madrileñas, no decae tampoco en sus aficiones á la parodia de los descubrimientos novísimos, ensayada por él con bastante resultado sobre asuntos como *El alma visible*, *Revolución alimenticia* y *Telefonía y fotografía*. Ahí va un diálogo posible entre un futuro inquilino y su casero, para cuando se vulgaricen las aplicaciones sorprendentes del teléfono, que hoy se proyectan: «—Yasé quién es usted..., mi casero.—Efectivamente, y quisiera saber cuándo piensa usted pagarme los alquileres que me debe.—No oigo bien; sin duda el aparato no funciona regularmente.—Repito

que deseo me pague usted los meses vencidos.—Repito que no se oye una palabra<sup>1</sup>.»

Estrenóse en las columnas de *El Imparcial* un *lunático* muy avisado, que ahora usa la denominación de *Fernanflor*, cuando no la más verdadera de Isidoro Fernández Flórez. Con las *Cartas á mi tío* y las revistas publicadas en aquel periódico comenzó el renombre que elevaron después las *Entre páginas* de *El Liberal*, y *El libro del año* de *La Ilustración Ibérica*. Las innegables condiciones de satírico que posee Fernández Flórez no me parecen todo lo españolas que yo desearía; y aun prescindiendo de sus extravíos en cuanto adalid de malas causas, veo en su estilo afectaciones, descoyuntamientos, esencias de tocador, y, en suma, los artificios refinados que lleva consigo la falta de naturalidad. Sirven de contrapeso la *doble vista* de lo ridículo y el tacto envidiable para sintetizar, en lo que es Fernández Flórez un consumado maestro, lo mismo que en la invención de atrevidas metáforas, gráficos pormenores y locuciones delicadas, que forman un vocabulario de exclusivo privilegio. Hay en sus croquis al natural y en sus fantasías idealistas algo de Richter y Heine, con algo también del Grecco, si vale comparar el arte de la palabra con el de la pintura: mezcla de elementos insociables, colores fuertes y exuberancia de imaginación rebelde al freno del orden. Sólo que el alma española de *Fernanflor* repugna las perspectivas tétricas y espectrales, careciendo su sonrisa de la amargura germánica y la displicencia sajona. Resta, por fin, consignar que la abundancia forzosa de su producción está en razón inversa de su valor relativo; es decir, del que tendría llegada á su madurez y sin las imposiciones del deber cotidiano.

El conocido autor dramático y periodista D. Fernando Martínez Pedrosa cultiva con gusto y discreción

<sup>1</sup> *Progresos y extravagancias*, pág. 153. Madrid, 1887.



la sátira ligera, en la cual entra un libro suyo reciente, *Perfiles y colores*<sup>1</sup>, que á cien leguas se distingue de los con que suelen aburrirnos los merodeadores aficionados. Miserias cortesanas, recónditas interioridades del *gran mundo*, grotescas fisonomías del natural, con algo también de romerías y espectáculos taurinos, se mezclan acertadamente en esta amplia galería, bañada por opulenta luz meridional y realizada con grandes primores de arte. No quisiera yo que fuese tanto ni tan ostensible el empleado en buscar y repulir las frases, que semejan las piecicillas laboriosamente agrupadas de una incrustación. Semejante censura, que en primer término se dirige al *Diálogo-Prólogo*, no estorba al mérito positivo de descripciones tan animadas como *Las señoras del café*, *Inéditos y anónimos*, *Los nuestros* y *El santo*. Da á conocer la primera la antítesis frecuentísima del hambre y la ostentación; la segunda, el almacén de frutos iliterarios producidos por el *ansia implacable de hacer papel de genio en la comedia humana*; reflejando las dos últimas respectivamente el proceso cómico de la popularidad entre el infinito número de los necios, y la explotación del advenedizo provinciano por la hampa que se burla de la policía en la capital de las Españas.

Pero esta *clase* de nuestra sociedad y otras más encompetadas han encontrado un pintor de oficio, que responde por *Sentimientos* (Eduardo del Palacio), en las malhadadas revistas de toros, y que, cuando deja el bárbaro caló con que divierte á la gente más ó menos *flamenca*, sabe convertirse en estimable artista. Infinidad de artículos suyos sobre lances y percances de todos los días inundan los periódicos de Madrid, y con repetirse forzosamente en los asuntos y caracteres, no le faltan nuevos puntos de vista para considerar unos y otros á distinta luz. Los chistes que espon-

<sup>1</sup> Publicado por la Biblioteca «Arte y Letras». Barcelona, 1882

táneamente brotan de su pluma no suelen distinguirse por la delicadeza y el esmero; pero en su traza inculta llevan indeleblemente grabado su origen, como reproducciones fieles hasta el exceso del lenguaje popular.

Pertenece al mismo gremio que Palacio un hijo de Galicia, Luis Taboada, que prefiere, por excepción entre sus paisanos, el arte de hacer reír al de hacer política. Para ello le bastan su mucha agudeza y un paseo ideal por las guardillas averiadas, por la casa de huéspedes, por la tertulia íntima, ó también simplemente por la calle. Es amigo del figurón, en parte por inclinaciones suyas, en parte por la idiosincrasia de los tipos que sirven de objeto á sus estudios, y en el fondo de su sátira deja ver algo del escepticismo que engendra el comercio con una porción de nuestros semejantes. Taboada colabora en distintas publicaciones, y especialmente en el *Madrid Cómico*, cuyo cronista sigue siendo hasta la fecha.

D. Benito Mas y Prat, escritor andaluz y novísimo, prefiere las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, en cuyos últimos volúmenes se repite constantemente su firma al pie de artículos más ó menos valiosos y en no escaso número, consagrados á la historia, á las tradiciones y á las costumbres de su país. A juzgar por algunas muestras, no parece extraño el movimiento naturalista con su despreocupación en achaques de moral, su inmoderado apego á las nimiedades descriptivas y su lenguaje retorcido con pretensiones de plasticidad. Recientemente ha escrito Mas y Prat el texto de la publicación por entregas bautizada con el nombre de *La tierra de María Santísima*.

*El patio andaluz* del joven Salvador Rueda, y otros artículos suyos posteriores y de la misma índole, anuncian un aprovechado continuador del *Solitario* y de Fernán Caballero, decididamente *impresionista* (como ahora dicen) y quizá demasiado poeta para serlo en prosa. Los rumores misteriosos, impalpables esencias



y secretos dulcísimos que atesoran el cielo y el aire del Mediodía, se confunden en el alma soñadora del autor con la memoria de las fiestas populares, con el sonido de las guitarras en la noche tranquila, y los encendidos coloquios de los enamorados.

También debe estamparse aquí el nombre de E. Sepúlveda por sus libros acerca de *La vida en Madrid* desde 1886, cuyas páginas, descontando otras cualidades, tendrán para lo por venir la de ofrecer una imagen perfecta de la sociedad en que vivimos, y podrán considerarse como crónica ilustrada en que alternan las habilidades del lápiz con las de la pluma.

De análoga especie son los escritos de *Kasabal* en *El Resumen*, *El Heraldo de Madrid* y *La Ilustración Ibérica*, y los de Mariano de Cavia en *El Liberal*.

Cavia, cuyo espíritu superficial, burlón y escéptico parece una racha de viento frío colado de los Pirineos, nació en Aragón por capricho de la naturaleza, que le negó todas las cualidades de aquel noble país, y le infundió un alma gemela de la de Voltaire, rica de savia intelectual y huérfana de sentimiento, condenada á ver á los hombres como una comparsa de muñecos de trapo, y á juzgar todas las cosas de la vida como partes de una comedia bufa. La sátira punzante y demoleadora de los *Platos del día* está produciendo en nuestra mesocracia, y en una porción numerosa del pueblo bajo de Madrid, los mismos resultados que producían en la Francia del siglo XVIII los libelos del Patriarca de Ferney y las piezas teatrales de Beaumarchais; es la piqueta del sarcasmo mordiendo los sillares sobre que descansa el orden social, es el relámpago de brillante y siniestro colorido que presagia tempestad, es la carcajada fúnebre que regocija á los incautos y entristece á los pusilánimes.

La colección de artículos titulada *Azotes y galeras*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Madrid, 1891.

sirve de panorama sintético, donde se contemplan reunidos los cambiantes y matices del ingenio de Cavia, y se da á conocer el fondo de sus intenciones, mal velado por la transparente penumbra del humorismo.

La ley de los extremos, que se tocan, explica la semejanza existente entre la fisonomía que acabo de perfilar y la del temible satírico, anarquista y reaccionario en una pieza, que, con los motes de *Miguel de Escalada* y *Venancio González*, y con su firma genuina de Antonio de Valbuena, ha sostenido solo, reuniendo el empuje y la fiereza de una legión aguerrida, desiguales batallas contra instituciones, clases y partidos, causando y recibiendo heridas de muerte, y manejando á la vez la espada del raciocinio, las vibrantes flechas del insulto personal y el látigo del desprecio. Desde que en la *Política menuda* de *El Siglo Futuro* se destacó de las brumas del anónimo la inconfundible silueta del acerado polemista; desde que sus cáusticas sales, aunque derramadas en un periódico antipático para el gremio liberal, despertaron en todos los paladares goce vivísimo y ansia de renovarlo diariamente, viene recorriendo Valbuena un camino erizado de abrojos, sin respetar ninguna conveniencia ni retroceder ante ningún obstáculo. Sale primero de la Redacción de *El Siglo Futuro*, escupiendo á la faz de su director invectivas de las que dejan manchas imborrables; inicia en las columnas de *El Imparcial* una campaña contra la Academia Española y su Diccionario, interesando á la muchedumbre de lectores legos con áridas controversias filológicas y gramaticales; arroja á la plaza de la maledicencia pública los prestigiosos títulos de la nobleza, encerrándolos en la caja de juguetes de los *Ripios aristocráticos* (1885), repite otras dos veces la misma operación con los *Ripios académicos* (1890) y los *Ripios vulgares* (1891), y consigue que los futuros rasgos de su pluma se aguar-den con el pavor en unos y la impaciencia en otros que inspira lo misterioso desconocido.



Valbuena tiene de su parte á todos los envidiosos, y á algunos jueces entendidos, que le reconocen sus méritos y le reprueban sus extremosidades, apasionamientos y virulencias; pero ha suscitado en contra suya innumerables enemigos, que le rebajan al nivel de los libelistas desvergonzados, y le niegan el agua y el fuego, y hasta la razón cuando la lleva. El fundamento para tanta divergencia de opiniones está en que las aptitudes del distinguido escritor son esencialmente satíricas, y en que alrededor de él se extiende una atmósfera de escándalo que no permite contemplarle tal y como es, sin la ilusión óptica de las simpatías ó los prejuicios.

No hay quien iguale á Valbuena en *vis cómica*, en mágica facilidad para provocar la risa franca y estrepitosa, en castizo y donairoso decir; pero á la consecución de estos fines van supeditados medios absolutamente reprobables, ardidés de mala ley, ataques en que del terreno de la literatura se pasa á otros vedados y se arrastran por el lodo las reputaciones más dignas de consideración.

El vocabulario usual de Valbuena y la índole de sus estudios recuerdan á los humanistas italianos del Renacimiento, á Poggio, Lorenzo Valla y Bartolomé Facci; pero todavía le encuentro mayor parecido con algunos representantes del catolicismo laico francés, como Drumont, el autor de *La Francia judía*, y J. Barbey d'Aureville, para no hablar de Luis Veuillot, cuya personalidad está mucho más encumbrada. La ortodoxia sin caridad, y el menosprecio de todas las conveniencias sociales, el odio á la política doctrinaria y á las opiniones eclécticas y conciliadoras, combinado con cierta debilidad para con los enemigos francos, hacen que Valbuena se ensañe con los católicos conservadores y hasta con no pocos correligionarios suyos del partido carlista, mientras prodiga las frases de benevolencia á librepensadores empedernidos. ¿No es esta conducta semejante á la de Drumont rebajando al Conde de Mun y

disculpando á Rochefort, y á la de Barbey d'Aureville, cuando buscaba paliativos para las *Flores del mal*, de Baudelaire, y *Las Blasfemias*, de Richepín?

Renuncio á explanar las consideraciones que anteceden para no salirme de la esfera del arte; séame lícito, sin embargo, aconsejar á Valbuena que, en beneficio suyo, de la Religión, de las letras y de la higiene moral, emplee la fuerza vengadora de la sátira en barrer las pestilentes inmundicias de *Las Dominicales* y *El Motín*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> De *prosa ligera* pueden calificarse numerosos libros de viajes, como los *Recuerdos de Italia* (1872), por Castelar, en los que el ditirámico lirismo del autor y su derrochadora fantasía hallaron objetos dignos del uno y de la otra por lo colosal de las proporciones, transformándose la hipérbole en hermosa verdad artística, y el *Diario de un testigo de la guerra de Africa* (1859), *De Madrid á Nápoles, viaje de recreo realizado durante la guerra de 1860 y sitio de Gaeta en 1861* (Madrid, 1861), y *La Alpujarra: sesenta leguas á caballo, precedidas de seis en diligencia* (Madrid, 1874), amenisimas relaciones de Pedro A. de Alarcón, que realizan admirablemente la fusión de lo trivial y lo sublime, lo cómico y lo patético. Entre las obras similares de segundo orden se destacan, por la luz que sobre ellas proyecta el sol de remotos climas, el *Viaje al interior de Persia*, por D. Adolfo Rivadeneyra (Madrid, 1881), y los *Esbozos y pinceladas sobre Filipinas* (Manila, 1888), por D. Pablo Feced (*Quiouquiap*), pintor nervioso y delicadísimo, aunque un poco amanerado, del paisaje y las costumbres de aquel Archipiélago.

